

Gregory Clark

A Farewell to Alms. A Brief Economic History of the World

Random House Business Books, 2007, 276 págs.



Rogelio Madrueño Aguilar
Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)

Desde los inicios de la Economía como ciencia, ha estado presente la inquietud del porqué de los diferenciales de ingreso entre países a nivel mundial. En particular, explicar cuáles han sido los factores que han permitido que una nación eleve sustancialmente su nivel de riqueza.

Adam Smith, el padre de la Ciencia Económica, en su libro *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* profundizó sobre los determinantes del progreso económico y los elementos que permiten un crecimiento económico sostenido. Identificaba a la productividad laboral como el elemento que explica el nivel de ingreso real *per capita* y su tasa de crecimiento, además de que atribuía las diferencias internacionales en productividad al grado de división del trabajo, la disponibilidad de capital y el tamaño del mercado, así como a un entorno institucional favorable. Dicho estudio incluía un amplio espectro analítico que abarcaba diversos tópicos que iban desde la demografía y los asuntos coloniales hasta la política educacional y eclesiástica, por lo que puede considerarse *strictu sensu* como el pionero de los estudios históricos sobre el crecimiento.

Dentro del campo de la Economía, el papel de los estudios con fundamento histórico ocupa un lugar trascendental y complementan aquellos rasgos que no pueden cubrir los análisis econométricos sobre el crecimiento económico de *sección cruzada* para distintos países –que intentan examinar empíricamente la validez de las generalizaciones teóricas–. Sin demeritar a ninguno, la realidad es que si bien se ha avanzado mucho en los diferentes métodos de análisis, sigue sin haber consenso en el conocimiento de las variables que son esenciales para explicar las diferencias en las tasas del factor acumulación dentro del crecimiento económico. Aunado a la persistencia de diversos factores poco estudiados, fruto de las teorías del desarrollo económico en los que se debe profundizar –por ejemplo– las trampas de pobreza y los equilibrios múltiples (Temple, 1999).

El abundante trabajo de investigación de Gregory Clark, profesor del departamento de Economía de la Universidad de California, Davis (UCD) –especialista en historia eco-

nómica— se inserta en esa primera tradición de pensamiento. Su principal motivación es intentar dar respuesta a esa pregunta inicial de las diferencias en el crecimiento económico entre los países, haciéndolo desde la propia raíz. Se cuestiona, primeramente, la naturaleza de las causas que detonaron la revolución industrial, a partir de su aspecto espacial y geográfico. Es decir, ¿por qué sucedió específicamente en este territorio del planeta y no en otro?, y bien, ¿por qué se detonó este hecho trascendental —que es la esencia del capitalismo moderno— en ese tiempo en concreto? Asimismo, rebate el argumento convencional de que la revolución industrial se desencadenó por el repentino desarrollo de instituciones políticas, legales y económicas estables en el siglo XVII.

El autor considera que la historia económica puede ser descrita a través de un conjunto simple de ideas clave, que resume en tres problemas. El primero de ellos plantea el porqué no hubo mejora en los niveles de vida antes del año 1800; indicando que son tres los supuestos básicos que pueden explicar toda la actividad económica hasta ese momento: el bajo desempeño tecnológico, la trampa malthusiana y la transición demográfica en estas sociedades. La segunda cuestión enfatiza cómo es que la revolución industrial transformó el mundo moderno, habiendo cambiado, sin embargo, sólo ciertos aspectos de la naturaleza de la economía. Y finalmente, en tercer lugar, encontramos el hecho de que, a pesar de haberse dado esta transformación, sigue habiendo una amplia divergencia de ingresos entre las diferentes sociedades, lo que el autor intenta asociar con las presiones evolutivas que existieron en aquella larga era malthusiana —antes de 1800.

En este sentido, la inquietud inmediata para el crecimiento económico tiene que ver con la duración temporal de los mecanismos económicos previos a esa fecha, que implica prácticamente 100.000 años de estancamiento económico hasta el surgimiento de la revolución industrial. Clark señala que las instituciones necesarias para el crecimiento económico probablemente existieron en las antiguas culturas, sea la egipcia, la babilónica u otras. Sin embargo, la respuesta de sus individuos a los incentivos económicos era muy diferente en aquellas primeras sociedades.

Asume, por tanto, que estas instituciones fueron cambiando de una forma muy gradual, impulsando a la gente a dejar de lado los instintos básicos de los primeros pobladores humanos —hábitos de recolección y caza—, a fin de adoptar unos más económicos —trabajo duro, racionalidad y educación—; aspectos que denotan un cambio cultural que detona una transformación económica más amplia. Para el autor es fundamental la existencia de sociedades con una amplia tradición de asentamiento poblacional, que experimenten procesos de seguridad y de estabilidad prolongados, a fin de hacer efectivos los frutos de la industrialización.

Ahora bien, más allá de las críticas o dudas que nos puedan suscitar estos argumentos, vale la pena detenernos en aquellos puntos que consideramos relevantes. El primero se relaciona con la —relativamente reciente— transición fuera de la trampa malthusiana, cercana a 200 años, que se explica por un cambio en el bajo patrón de crecimiento de la productividad total, a causa de que el sector más importante, el agrícola, mantenía niveles muy bajos de productividad. La nueva realidad económica llevó a una estructura productiva diferente donde comenzaron a primar actividades menos intensivas en el factor tierra.

Claro que este proceso no es, ni ha sido, homogéneo, por lo que las presiones en las diversas sociedades han sido muy diferentes, y por ende las transformaciones sociales y económicas; situación que ha trascendido a la esfera de las divergencias de ingreso en el mundo. En este sentido, se han ido agudizando las diferencias entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado y éstas parecen no tener una tendencia a revertirse, ya que si la brecha en el ingreso en el mundo preindustrial era de 3 a 1, actualmente es de 50 a 1. Asimismo, los datos parecen mostrarnos que es una realidad que magnifica los extremos. Es decir, parece que estamos en un escenario donde las sociedades pobres son más pobres y las ricas cada vez cuentan con mayor riqueza, y ambos mundos son capaces de convivir en un mismo horizonte temporal, algo que no podía lograrse en la era preindustrial, y todo gracias a las mejoras tecnológicas en diversos sectores como en el de la medicina que han permeado a ciertos sectores poblacionales de los países en desarrollo. En todo caso, el gran desafío para la humanidad en el actual momento histórico es intentar detener esta tendencia que parece imparable.

Alguna de las explicaciones para este fracaso está tradicionalmente vinculada con el aspecto institucional. Se ha dicho que la falta de difusión de la revolución industrial en el siglo XIX fue fruto de unas instituciones débiles, la falta de una adecuada integración o carencia de capital humano. El autor muestra que esto no es del todo cierto, y ejemplifica que para el año 1900 Alejandría en Egipto, Bombay en India y Shanghai en China estaban plenamente integradas a la economía inglesa en términos de costes de transporte, mercados de capital, infraestructuras institucionales, además de que hubo bastantes transferencias de *know-how* a través de la emigración de los directores británicos y trabajadores cualificados. Más recientemente, las instituciones financieras internacionales han retomado el argumento tradicional aduciendo que la reducción de las brechas en el ingreso se debe solamente a un aspecto institucional, o bien a que los incentivos que se han provisto en las diferentes sociedades no ha sido el adecuado.

El problema se ha centrado en una corriente filosófica que señala que una adecuada combinación de incentivos estimulará el crecimiento *per se* y con ello el aumento en los niveles de ingreso, bajo el supuesto de que las sociedades son homogéneas y tienen las mismas necesidades. Esta prescripción económica universal que se ha venido desarrollando –argumenta Clark– no puede ser la explicación de las diferencias entre ricos y pobres. El autor difiere en el tratamiento, aunque no niega que la clave se encuentra en el grado de respuesta de estas sociedades ante los incentivos, la que asocia a un cambio cultural que es producto de varios elementos, entre ellos los históricos, así como a las particularidades de cada sociedad. Por lo tanto, señala Clark que ése es el camino por el que se debería avanzar, dado el fracaso experimentado bajo la otra corriente. Esto es importante, ya que hasta la fecha no existe ninguna predicción medianamente cierta que garantice que la economía global pueda convertirse en su conjunto en una economía desarrollada en un tiempo relativamente razonable; no sólo a causa de los factores señalados previamente, sino también a lo impredecible del crecimiento económico moderno.

De esta forma, el análisis se convierte en una exposición de argumentos que resaltan la importancia del cambio institucional en la historia económica, sobre otros elementos

como puede ser el geográfico. Clark enfatiza que la historia sí que cuenta, pero que aportará mayor valor añadido si la abordamos desde la óptica de la historia de las instituciones y su estructura, y entendemos cómo esto impacta en las sociedades en un amplio período de tiempo.

Es cierto que el libro suscita controversias, como es la que resulta de la importancia que le da al cambio institucional a través del factor cultural, al tiempo que llega a vincularlo, inclusive, con cambios en la genética humana, asumiendo, por tanto, un argumento darwinista. El propio autor sabe de antemano que se trata de un hecho que no tiene forma de demostrarse, y que resulta además poco probable. Aun así parece admitirlo como una posibilidad que no conviene descartar, y por ello lo utiliza como parte de la argumentación. Sin embargo, no debe olvidarse que esto forma parte de la provocación intelectual que trata de incentivar y no debería verse necesariamente como el talón de Aquiles que lleve a demeritar el resto del trabajo.

Finalmente, el libro también habla de la gran ironía inherente a la historia económica, la cual se basa en un principio de acumulación de la riqueza, asumiendo que tal hecho nos traerá mayor felicidad. Clark señala que la evidencia empírica puede ser muy crítica al respecto. Si miramos en el tiempo a través de las diferentes sociedades, estaríamos asumiendo con esta débil correlación que las sociedades preindustriales han sido menos felices que las actuales. El autor no minimiza que las mejoras en el ingreso han modificado y moldeado nuestra forma de vida, trayéndonos más conocimiento, mejores tecnologías, así como cambios en los hábitos de conducta y consumo, pero de ninguna manera lo asocia con mayores niveles de felicidad. Este aspecto es muy importante porque debería ayudarnos a cuestionarnos si, en aras de un mayor crecimiento, debemos pagar el precio de ciertos males que vive el planeta actualmente, como puede ser el calentamiento global.

Dicho lo anterior, se puede afirmar que el libro de Gregory Clark es una apuesta interesante, provocadora y novedosa sobre la historia económica, ya que aborda cuestiones trascendentales desde una óptica sugerente. Además de que incorpora elementos no cotidianos en este tipo de análisis como pueden ser los antropológicos, que dejan ver lo diferente que eran aquellas sociedades respecto a lo que es hoy el mundo moderno. Ahora bien, aunque el complejo entramado histórico, que intenta despejar a través de un conjunto de ciertas líneas básicas, no es completamente esclarecido, el autor sí es capaz de despertar en el lector nuevas inquietudes y hacerlo cuestionarse sobre aspectos trascendentales de la historia económica, lo que finalmente es su gran valor añadido, y tan es así que en poco tiempo lo ha posicionado como un libro del que se habla y discute.

Referencias

- HAUSMAN, R., PRITCHETT, L. y RODRIK, D. (2004): «Growth Accelerations», *National Bureau of Economic Research*, Serie de documentos de trabajo n.º 10566.
- TEMPLE, J. (1999): «The New Growth Evidence», *Journal of Economic Literature*, Vol. XXXVII, págs. 112-156.
- WEIL, N. D. (2006): *Crecimiento Económico*, Pearson Education, Madrid.